

hubieran recogido nuevamente su presa, de no llevar, como custodia indispensable, tanta gente armada. En la campaña de la capital esperábanle cuatrocientos jinetes que le dieron escolta; dentro de los muros el pueblo que le acompañó en procesion; y allá en el Vaticano mil objetos que le recordaban su antiguo poderío y como que le reconvenian por haber atraído sobre sus incommensurables grandezas tanta y tan profunda vergüenza. Así, cuando Bonifacio llegó al Vaticano y se tendió en su lecho, parecia un cadáver que se ajustaba á su ataud. Y, en verdad, aun le quedaban que apurar mayores amarguras, como salir de manos de los Colonnas para caer en manos de los Orsinos, como cambiar enemigos violentos por enemigos hipócritas, mucho mas repugnantes y mucho mas contrarios á su exaltado natural; como ceder en lo único que podia satisfacerle en el cumplimiento de sus venganzas. Quiso mandar y nadie le obedeció, porque los fuertes se hallaban en poder de los Orsinos y la ciudad leonina erizada de guarniciones y armas traídas allí para contrastar la voluntad del Papa; quiso llamar en su socorro á Cárlos de Nápoles y le interceptaron las cartas; quiso trasladarse del palacio Vaticano al palacio Lateranense y no le dejaron salir sus guardianes hasta que, amargado por tantos dolores, herido por tan crueles golpes, rebajado á sus propios ojos en la comparacion continua entre la dignidad recibida del cielo y la humillacion á que le condenaban en la tierra, desesperado por los sufrimientos que le daban su sobra de rabia y su falta de venganza, se exaltó hasta el frenesí de una demencia súbita y encerrándose en su cámara estrelló contra la pared aquel cráneo que habia llevado con tan desmedido orgullo la gloriosa tiara de San Pedro. Y en él comenzó verdaderamente la desorganizacion del Pontificado, tal y como lo entendiera hasta entonces la Edad media.

CAPÍTULO IV

CONSECUENCIAS INMEDIATAS DE LA DECADENCIA DEL PONTIFICADO Y DEL IMPERIO

Larga, secular formacion la de estas grandes instituciones. El Pontificado comienza con los siglos primeros de la Iglesia; y llega á su mayor altura dos siglos antes de concluirse el gran período histórico denominado Edad media. Desde el tiempo en que el obispo San Clemente echa las bases de la supremacía eclesiástica de Roma, hasta la irrupcion de los bárbaros en que Roma, por virtud de sus Pontífices, alcanza tanto influjo moral, centenares de años han trascurrido y profundas trasformaciones se han verificado, para que la nueva institucion se erija en madre, maestra, señora de todas las instituciones fundamentales y civilizadores. La tendrá en tutela el Imperio bizantino; la combatirá con ardor el espíritu arriano; los lombardos de un lado y de otro los tenaces ostrogodos querrán disputarle tierra y poder; pero la Santa Sede, levantándose sobre todas las autoridades por su fuerza intelectual y moral, rehará el Imperio, entregándole el cuerpo, mientras ella se quedará con el alma de la sociedad cristiana. El Papa, que absuelve á Pipino de sus usurpaciones antes de comenzar el siglo noveno; y aquel otro que pone en la Navidad del año 800 la corona imperial sobre las sienes de Carlo-Magno; y aquel que obliga al Emperador Enrique IV á ir de rodillas hasta el palacio de Canosa; y el que promueve la liga lombarda contra Federico Barbaroja; y el que somete la casa de Suabia al Pontificado y educa al gran Federico II que debia luego volver sus garras imperiales contra la Iglesia; todos estos Papas, no obstante los combates continuos, á que se ven con frecuencia condenados,

llámense Zacarías, Urbano IV, Gregorio VII, Alejandro III, el gran Inocencio, personifican y representan la suprema influencia y el supremo poder de las altas instituciones pontificias. Pero, deshecho el Imperio por la atrevida mano de Inocencio IV, extinguida la caballeresca dinastía de Suabia, degollado Coradino en la plaza mayor de Nápoles, rota la unidad imperial, debilitados por el interregno y por la pública venta de la dignidad cesárea todos los poderes públicos de la Europa católica y feudal; las monarquías laicas debían continuar la obra de fundar las sociedades civiles, á pesar de la monarquía pontificia; y en esta obra la nacion pontifical por excelencia, el descendiente de los Capetos, debía en los planes providenciales abrir su incurable herida al sacro corazon de la Iglesia, refugio y asilo hasta entonces de la humanidad en sus tribulaciones y en sus dolores. Cuando Nogaret opuso el derecho civil romano al derecho canónico romano; cuando Colonna arrastró por tierra, sin respeto ni piedad, á Bonifacio VIII, haciendo rodar llaves, báculo, tiara; el primero formuló todo el ideal de la revolucion monárquica y el segundo derribó la fortaleza que á esta revolucion se oponía y el sublime faro que iluminaba las conciencias con su luz y con su calor avivaba á los pueblos.

Las condiciones principales, ó mejor dicho, los cánones capitalísimos, en que la vida de la Edad media se encerraba, eran estos: primero, unidad de espíritu y creencia; segundo, supremacía del Papa sobre los poderes eclesiásticos y civiles; tercero, union del Papa y del Concilio; cuarto, clero secular, clero regular, órdenes monásticas así armadas como inermes, así poderosas como mendicantes, reunidas todas en torno de la autoridad sublime del Pontífice y sustentando la Iglesia católica en la tierra, cual ángeles, arcángeles y serafines sustentan el santuario de Dios en los cielos. Así que cae el Imperio en la persona de Coradino, y cae el Pontificado en la persona de Bonifacio VIII, todos estos cánones de la civilizacion católica se alteran ¡ah! con profundísimas é irremediabiles alteraciones. La unidad de creencia se destruye hasta el extremo de que, en cada region europea, estalla una herejía predominante. La unidad de poder se rompe en tales términos que hay dos Emperadores en Alemania y tres Papas en la Iglesia. La supremacía del poder religioso sobre el poder civil se cambia en términos que los Papas quedan

cautivos de los reyes de Francia en la francesa ciudad de Avignon. La union de los Papas con los Concilios se rompe de tal suerte que se truecan estos en asambleas revolucionarias con pretensiones á contener toda la Iglesia y á prescindir por completo del Pontificado. La jefatura y direccion de las órdenes monásticas se quebranta con tal quebrantamiento que el Papa mismo persigue á los franciscanos mas avanzados por comunistas y por herejes; y disuelve y castiga y deshonor á sus propios ejércitos permanentes, á su milicia sacra, á sus soldados mas brillantes, á la legion por excelencia del catolicismo, á los mártires sin los cuales fueran imposibles las peregrinaciones en Tierra Santa, á los héroes que sostenian las cruzadas contra los decretos de la misma naturaleza, á los hombres en quienes viera con su cruz al pecho y su armadura brillantísima, los soldados de la fe, aquella piedad de los siglos medios, en una palabra, á los templarios, es decir, á la caballería andante de la Iglesia.

Sin conciencia de lo que hace, sin albedrío para dejar de hacerlo, bajo las leyes de una fatalidad mecánica, dinámica, orgánica, produce naturaleza en ciertos períodos adaptados á esta produccion, especies varias, de tales órganos armadas y por tan maravillosa manera constituidas, que digan cuanto quieran los enemigos implacables de las causas finales, parecen responder en sus movimientos, en sus cambios, en sus trasformaciones á un ideal y norma que no cabe en el espacio y que vence y supera y sobrevive á la impetuosa corriente de los tiempos. En una atmósfera perfectamente á sus órganos adaptada, en una tierra con biológicas condiciones propias para desarrollar cierta especie de vida, en una flora que ofrezca sombra y alimentos, ciertas especies apenas comparables á las hoy existentes y que se aparecen cual monstruos mitológicos en los terrenos explorados por la geología moderna, viven y crecen y se propagan hasta que el aire cambia en derredor suyo y les faltan bases en el planeta y las selvas gigantescas donde vivieran se carbonizan ó se petrifican, por todo lo cual tienen que ceder el espacio á otras especies, y enterrarse en sus tumbas de carbono, de greda, de cal, desapareciendo para siempre, porque las han devorado los mismos misteriosos agentes que las habian producido. Pues un trabajo análogo al del planeta, es el trabajo de la sociedad en la constitucion de sus instituciones. Ciertas creencias generales que á todos

nos dominan; ciertos principios que nos parecen tan verdaderos y necesarios como las fuerzas que rigen á la creacion; ciertas costumbres formadas poco á poco por el tácito consentimiento y por la continua vida de todos; desde las obras del arte hasta las obras de la industria, desde los monumentos hasta las ideas, lo que parece mas débil, lo que creierais con menos poder y menos influencia, la totalidad de la vida social, contribuye á la formacion y arraigo de ciertas instituciones, que cuando tienen este apoyo, viven con tanta fuerza en la sociedad como las especies mas vividoras por mas amamantadas en los ubérrimos pechos de la inmortal naturaleza. Pero cuando las creencias se cambian y las ideas se alteran y los corazones abrigan sentimientos diversos á los que reinaron con tanto imperio en otros tiempos; cuando, desde la oracion mas etérea hasta la industria mas útil, se modifican porque con ellas se ha modificado tambien el espíritu, su generador, las instituciones, resultado siempre de las creencias, cristalización de las ideas, reflejo de las interioridades de nuestra alma, las instituciones cambian con profundísimos cambios y renuevan las fases de la sociedad de la misma suerte que se renueva la vida por el advenimiento y por la muerte de las sucesivas generaciones humanas. El Pontificado y el Imperio, en la muerte de la antigua sociedad y en el nacimiento de la nueva, recogiendo ambos los restos de la cultura romana y consagrándolos al progreso de la cultura moderna; venido el uno á contrastar con su unidad religiosa y moral las anárquicas irrupciones de los bárbaros, venido el otro á contrastar tambien con su unidad política y material la desorganización traída por el feudalismo; conteniendo ambos el alma y la materia, la conciencia y el cuerpo, la idea y el organismo de aquella gran sociedad, brotaron y crecieron en una atmósfera propia, á la cual estaban como adaptados, bajo leyes de innegable universalidad é ideas universalmente creídas y aceptadas; por todo lo cual vivieron desde el siglo noveno al siglo décimotercio en verdadero auge y apogeo, hasta que las ideas se cambian, hasta que las creencias se modifican, hasta que las costumbres se alteran, hasta que nuevas fórmulas espirituales vienen como á traer una mas nueva y mas necesaria sustancia social, que se encierra y se contiene en varios y progresivos organismos.

No hay sino comparar el siglo décimotercio con el siglo décimocuarto.

En el primero se reconquista Jerusalem y en el segundo se castiga, como á vulgares criminales, á las órdenes que la reconquistaron; en el primero se escribe todavía en el latin eclesiástico que denota la unidad del espíritu, y en el segundo comienzan á fijarse en la prosa vulgar los grandes escritores, como para demostrar de qué suerte los principios de variedad se han sobrepuesto á los principios de unidad; en el primero los tipos católicos por excelencia de San Luis, de San Fernando, y en el segundo los tipos de los reyes crueles, como los Pedros de Portugal y de Castilla, ó de los reyes rebeldes como los Felipes de Francia; en el primero los Papas divinizados como Inocencio III y en el segundo los Papas heridos y arrastrados como Bonifacio VIII. Así cuando las catedrales de Colonia, de Burgos y de Toledo se van levantando en los aires; cuando las estancias de la *Divina Comedia* se van difundiendo por todos los corazones y todos los oídos; cuando se cierra como un gran libro testamentario la síntesis teológica en las páginas de la *Suma*; cuando en el cementerio de Pisa, en los claustros del convento seráfico, Giotto trae los bienaventurados del cielo; cuando San Francisco de Asís canta como los ruiseñores y emigra como las golondrinas, sostenido por las místicas alas de su fe religiosa; cuando se abre aquella centuria por el combate de las Navas y se cierra por el jubileo universal á Roma; bien puede decirse que el catolicismo antes de entrar en su período crítico del siglo décimocuarto, lanza y despide sus mas hermosos destellos y sus mas fulgurantes resplandores.

¡Qué diferencia del siglo décimocuarto! La ironía reina en las letras; la ironía, esa hija estéril de la duda. El escepticismo se desliza en la teología como la serpiente en el Paraíso. Los primeros escritores, en vez de amparar á la Iglesia católica, la combaten y la denuestan. Papas, como Clemente V, son elegidos por reyes excomulgados como Felipe el Hermoso; y admiten, hasta sin saberlas, todas las condiciones políticas, económicas, religiosas que su gran elector quiera imponerles. Roma, la ciudad de las grandezas eternas y de los recuerdos inmortales, la vestal que ha guardado las sacras llamas del espíritu, la sacerdotisa que ha hecho con las ideas alejandrinas, helénicas y judaicas, en los moldes de sus propias leyes, la inmortal levadura del catolicismo, la reina sin rival de Occidente se ve abandonada de sus Pontífices, que levantan una corte cuasi herética, una corte viciosa y profana, en la er-